

## *DON BENITO PÉREZ GALDÓS*

(Recuerdo de su infancia en Las Palmas)

¡Con qué grave recogimiento espiritual comenzamos la tarea de escribir estas líneas por encargo de «El Gabinete Literario» en honor de don Benito!

La hora es propicia para la evocación del inmortal abuelo que en el momento del crepúsculo, en la cúspide del monte, de espaldas al sol poniente, con sus ojos ciegos, dominando la muchedumbre, proyecta en la llanura su sombra gigantesca.

¡Serenidad de la tarde, todavía plena del calor y la luz del día y ya en expectación de la sombra nocturna cuando surja en el firmamento la lenta caravana de las estrellas!

Los hermanos Millares, en esta hora, más que nunca fundidos en un solo espíritu, como si sus manos fuesen una sola mano y su pluma se utilizase hasta el punto que la palabra fuese idea y la idea amor... Los hermanos Millares quieren contar a este auditorio propicio y sentimental algo del Maestro que nació en esta tierra: cosas humildes y sencillas que no conoce ni importan a la Gran Historia y que aún así, narradas por nosotros, despertarán la curiosidad, mezcla de cariño y orgullo con que los descendientes escuchan la leyenda dorada de un abuelo que ilustró el apellido familiar con el arma vencedora de su pluma.

Decir curiosidad al emprender el viaje, nos parece palabra fría, impropia de la emoción que experimentamos al buscar y ordenar los lances sencillísimos de la vida de un niño que ha llegado a la soberanía del genio. Emoción

puña, como metal precioso, sin la mezcla que endurece la moneda acuñada para el mercado, emoción de arte y de amor que nos invade cuando intentamos revolver en el pasado cosas olvidadas, casi perdidas, como si un día de inventario apareciesen en el fondo de un viejo arcón, cartas amarillosas, hojas y flores secas, juguetes rotos y nos permitiesen con una palabra, con una línea, con una fecha, menos que eso, con un perfume, sacar del olvido, divagar sentimentalmente sobre tan pobres hallazgos, reconstituir sobre un tema vacilante la historia de aquellos días en que el muchacho vivió la vida isleña, desconocida para todos y sin que ni él mismo sintiese en el silencio de la Ciudad dormida, el galope sonoro del Destino que se acercaba en la sombra empujándola a la gloria inmortal.

En aquellos días fue nuestro, enteramente nuestro. Después se fue: se fue en cuerpo y alma y no ha vuelto. Su reino no era de esta tierra. Necesitaba de España, del mundo entero donde ejerce pleno derecho de ciudadanía, para que con toda esta materia fecunda, su espíritu pudiera amasar y dar vida a las innúmeras generaciones de sus hijos imaginarios, agitar sus pasiones, hacer vibrar sus sentimientos, mover la acción y encender el impulso, y como si no le bastase el equilibrio normal del cerebro humano, deformarlo, exaltarlo y desviarlo hacia los campos del extravío mental... y nada de eso que es obra del genio, respondía al designio providencial de su destino en el medio físico, en el ambiente social del pedacito de tierra, aislado en pleno Atlántico, donde nació por casualidad.

¡Oh tierra nuestra, tierra Canaria, cada vez más agrada como una euforia tóxica y deseable a nuestros corazones, conforme la onda pasional se serena y depura lentamente con los años! ¡Oh tierra isleña, ambiente humilde de vida plácida y monótona, que no tiene en su historia, —las demás son ajenas— otras fechas que la de la Conquista y la de una epidemia de Cólera! ¡Oh, Isla aislada, en que la vida humana pierde sus caracteres crueles de lucha; en que las estaciones se suceden sin que las marque otro accidente que las fechas del calendario; en que se puede dormir al raso sin temor a los elementos, a las alimañas, ni al prójimo; en que el hambre se satisface con la cena del pastor primitivo; en que el pueblo por falta de

cultura y resabio de la vieja servidumbre, no siente aún la rebeldía ante la injusticia social, ni el entusiasmo por el divino ideal; en que la casta aristocrática, —los de la fortuna y los del talento—, se encerraron en sus casas y atrancaron sus puertas huyendo del contagio de la invasión; donde en tus playas ha sentado su campamento una colonia de cartagineses sin grandeza comercial, inspirada sólo en el fraude y en la astucia..., mientras en tus montes el viejo campesino castellano continúa como hace cinco siglos interrogando las nubes en espera de la lluvia celeste que ha de darles el pan. ¡Oh tierra nuestra! ¿cómo hubieras dado a Galdós la materia y la inspiración para fabricar su obra?

\* \* \*

¿Olvido... ingratitude...? Ni en él, ni en nosotros. Es que nos empeñamos inocentemente en juzgar y pesar cosas y *personas con un rasero común y una misma balanza*. Toda nuestra vida la pasamos embelleciendo o disculpando nuestras acciones. La belleza, como la justicia, tienen tal arraigo en el espíritu humano y de tal modo les seduce, que no puede concebirse ni admitir su fealdad sino como un reflejo del prójimo.

Las acciones no son buenas ni malas, hermosas ni feas: son hijas de la necesidad y de ella nacen y a ella se adaptan. Por eso, aquí, en la calma chicha con que nuestros espíritus, como las viejas galeras despliegan todo su velamen perezosas e inmóviles en la ruta, no ha podido despertar la obra galdosiana el interés apasionante que hubiera convertido a su autor en héroe o caudillo de su pueblo.

La sutil psicología de don Benito, sobre todo en los últimos libros y en el teatro, necesitan un auditorio de depurada cultura, cuando menos de instinto extremadamente perspicaz, que aquí es patrimonio tan sólo de unos cuantos escogidos. Y con respecto a la acción y al fermento pasional que la decide ¿cómo encontrar eco en corazones humildes y resignados que laten y miden el tiempo de la existencia como el péndulo monótono de un reloj, si más que la barrera del océano y el apartamiento de estas peñas, nos ha protegido contra el invasor la miseria del po-

bre botín propicio a los conquistadores; si en las revoluciones políticas no hemos puesto sangre ni espíritu sobre las barricadas y las aceptamos sin ganarlas con sólo cambiar el Himno de Riego por la Marcha austriaca o destruir los escudos de la Realeza por el gorro-frigio; si ni siquiera el fanatismo religioso enciende su llama en esta sociedad tan hondamente indiferente y socarrona, que sólo invoca a los Santos, nunca a Dios, en el día de la feria, como si el paganismo de los griegos, perdida ya su belleza poética, se continuase bárbaramente al son de una guitarra destemplada, al estampido africano de los cohetes, al gesto del divino amor profanada por el estímulo del alcohol que enloquece? ¿Cómo entender la epopeya de la guerra de la Independencia, ni el fanatismo de la guerra civil, ni el sacrificio por las libertades, ni la rebeldía contra la injusticia social, todos esos grandes ideales que cantan en la obra de nuestro paisano y que suenan aquí como música exótica, tedio del oído, incompreensión de la inteligencia?

Por eso, y no por olvido ni ingratitud, Galdós no es popular ni puede serlo en nuestra tierra... Por eso su espíritu no vive entre nosotros y esa es la razón porque su pueblo de nacimiento con arranque espontáneo, no ha levantado su estatua: la estatua, no del ciego amoroso que veneran los madrileños bajo las frondas del Retiro en el ambiente oloroso de La Rosaleda, sino la del caudillo en la plenitud de su fuerza vencedora, cuyos ojos llenos de vida, frente al horizonte del mar que nos encadena, señalase el norte, el rumbo rectilíneo de las aves y de la brújula y con su voluntad y su ejemplo rompiesen el encanto del filtro sutil y venenoso que adormece los espíritus y ablanda los músculos de sus pobres paisanos.

Y como nosotros con él, así él actuó necesariamente con nosotros.

Los temas modestísimos de la vida canaria entonces más aburrida y rutinaria que la actual, no podían conmoverle ni gravarse como recuerdo decisivo en la inspiración de aquel muchacho de 18 años que al llegar a Madrid encuentra en el medio amplio de la capital, entonces alma y vida de toda la Nación, el ambiente revolucionario con su bautismo de sangre generosa y su fe en el triunfo, en aquel ideal romántico que todos creyeron término de la fe-

licidad humana, —libertad, igualdad, fraternidad—, y que siempre ilusos y generosos lo limitaron al mundo espiritual, sin comprender que era necesario conquistarlo para la vida afianzando para siempre la libertad en la tierra, la igualdad en el trabajo, la fraternidad en el dolor.

Así no recuerda ni ennoblece en sus libros lances, ni paisajes de su tierra y sólo en los primeros aparecen siluetas como la de don Juan Tafetán, las niñas Troyas y la Gobernadora de las Armas, que nosotros conocimos en la niñez y que sólo figuran como tipos anecdóticos y pintorescos, de esos innumerables que más que con la pluma, con un cincel, gravó para regocijo del mundo el inmortal autor de las *Novelas Contemporáneas*.

Y sobre todo... Aquel Amigo Manso, aquel tipo cuyo apellido es una genealogía, sabio, bueno, tímido y huraño, guardador de un ideal amoroso que nunca confesará por temor al ridículo y al que al fin se resigna..., del cual dicen los críticos que algo se parece a Galdós..., y no sería extraño que se le pareciese, porque en este nobilísimo varón en cuyo escudo las grandes virtudes y los altos hechos se gravaron para la inmortalidad del genio, persiste tal vez sin él saberlo, perturbando el trabajo paciente del Rey de armas un elemento inquieto y desconocido, como la huella fugaz de un alma soñadora y resignada, que es un estigma persistente de la humilde familia canaria a quien tanto se parece nuestro paisano El Amigo Manso.

¿Qué más pudo darnos?

\* \* \*

La calle del Cano, donde está la casa de la familia de Pérez Galdós era entonces, como ahora, rectilínea y estrecha. Empezaba en la de Los Malteses centro del comercio y terminaba en la plazoleta del Convento de las Bernardas, cuyas tapias en ruinas eran brecha y daban paso a las huertas de San Lázaro y al humildísimo barrio de pescadores de la Vica.

El pavimento era de cantos rodados como las otras calles, imitando las antiguas de Sevilla. Muy rara vez, el coche del señor Obispo, el de alguna familia aristocrática o la carreta del señor Torres, despertaban el silencio, ha-

ciendo acudir a las ventanas a los habitantes. El tránsito rodado era sustituido por caballerías, borricos generalmente, y en los días de excursión al campo, —y la familia tiene desde aquella época una hacienda de viñas en el Monte Lentiscal—, hacíase en vistosa caravana, incluso las señoras que iban *caballeras*, según la clásica dicción castellana, en la bíblica montura. Los transeúntes eran escasos y la yerba crecía en el arroyo.

De noche brillaba a respetable distancia la luz mortecina de algún farolillo, apagados al toque de ánimas, cuando no se encendían por disposición de las ordenanzas municipales según la luz de la luna sustituía la del aceite.

En las noches ardientes del verano, a las oraciones, las mujeres sacaban a la calle los braseros y el olor del caldo de cilantro o de las sardinas asadas eran el aperitivo para la cena, mientras los hombres medio dormidos en la acera guardaban pegado a los labios el virginio. Los gatos arqueaban el lomo y los perros roían un hueso o ladraban disputándose.

La casa, donde una lápida modesta indica el sitio donde nació Galdós, ha cambiado de aspecto.

La actual, no debe conservar para don Benito recuerdo alguno de la antigua fachada reconstruida en su ausencia. Él, en las tinieblas en que vive, verá lo que ya no existe: un frontis muy estrecho, en lo alto un balcón de madera calada con postiguillos, que era, pintada en verde, el tipo común de celosía semi-árabe en aquellos tiempos en que las mujeres detrás de la reja veían sin ser vistas a los transeúntes o *moseaban* por la noche, alzando el postiguillo. Junto al balcón, una ventanuca y ambos huecos correspondientes al piso principal. Abajo, otra y el portón con zaguán húmedo, en cuyo fondo el clásico postigo de tea maciza, con peso y campanillas, era entrada de fortaleza, que por el ruido y el repique anunciaba a los guardianes interiores la llegada de un visitante para dar desde los corredores la voz de *¿Quién?*, como el grito de alarma de un centinela, a la que el otro, desde afuera, solemne y calmoso, contestaba con la serena frase del evangelio: ¡Paz! Y la puerta se abría.

De noche, en el marco superior del postigo, se encendía una candileja que iluminaba el zaguán y el patio prin-

cipal, patio con flores y pozo a la izquierda y una serie de habitaciones bajas a la derecha, como están hoy, en una de las cuales, la tercera, tenía su alcoba el matrimonio y donde nació don Benito.

El ambiente familiar con ser amantísimo, estaba calcado en el canon de la época, severo y grave, y la existencia reglamentada a toque de campana. La Catedral, construida sobre el cerro de San Antonio Abad, dominaba el caserío, no solamente el barrio aristocrático de Vegueta que dormía confiado bajo su custodia inmediata, sino también el de marinos y comerciantes que poco a poco se descarriaban por el de Triana en dirección al futuro Puerto. Las campanas de la torre vieja, marcando las horas de los Oficios, sonaban también las de la vida doméstica, como si una sola voluntad, se transmitiese en la onda sonora y reglamentase el pensamiento, el trabajo y hasta el estómago de los ciudadanos. A las ocho de la mañana daba el esquilón los toques marcando el almuerzo, a las dos de la tarde otro toque preparaba la comida de las tres y a las ocho o las nueve de la noche, según la época, el de ánimas, como un *coprifuoco* litúrgico, ordenaba la cena y el sueño. Las puertas se cerraban, los golpes, unos cerca, otros lejos, retumbaban en el silencio; los habitantes, seguros de los cerrojos, confiados en la vigilancia del sereno cuyo canto señalaba la hora y el estado del tiempo, dormían en el mejor de los mundos... Y entonces, en el gran silencio de la Ciudad dormida en la sombra, elevábase una voz, la voz pavorosa del mar, unas veces arrullo suave, otras clamor inmenso, constante, incansable, eterna..., que habló antes que los hombres existiesen y sigue hablando después de su muerte, tan íntimamente unida al isleño, tan pegada a su oído, tan connaturalizada con su pensamiento, que es una más de las voces interiores de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo, ignoradas por el hábito, como el golpe de las arterias y el ritmo de los pulmones, y que si de pronto las percibiésemos nos despertarían con el grito de alarma y de angustia de nuestra frágil e inestable existencia siempre en espera del misterio de la muerte.

¿Quién sabe, si andando el tiempo, aquel ambiente de la Ciudad de su niñez, ambiente de tristeza y tedio, de régimen severo y monástico, no influyó algo en el de la

imaginaria Orbajosa? ¿Quién sabe si aquella noche de angustia y de presagios, que despertaron en su lecho a la divina Gloria, cuando el mar y el viento dialogaban como dos personajes de la tragedia griega, forzando las maderas de las puertas y ventanas, rugiendo en los ángulos de las galerías y hablaban del naufragio y lanzaban a la playa el ser desconocido con rostro de nazareno esperado por su fantasía? ¿Quién sabe si al escribir la escena, no recordaba Galdós la voz de su mar embravecido clamando en la noche, despertándole en su lecho de niño, con los ojos abiertos, temblando de pavor y de piedad ante la cólera del monstruo y el desamparo de las pobres criaturas?

\* \* \*

El chico era el último de la serie. Un Benjamín apegado a la madre que prolongaba hasta los tres años su maternidad y de la que él abusaba con su instinto goloso, nota característica persistente que llegó a convertirse en glotonería, y con la timidez de su carácter, casi miedo, conque evitaba los extraños, amparándose en las mujeres.

Ni un destello, ni un prodigio de esos que los biógrafos rebuscan para anunciar la participación providencial de los ungidos por el Destino. Era un niño, como sus compañeros, tal vez más hurafío, tal vez más medroso, rehuendo los juegos y la acción, encalmado y plácido buscando el seno materno o la falda de sus hermanas mayores. Una criada, Teresa, es su lazarillo, le lleva apoyado sobre la cadera o de la mano en el paseo, o a la casa próxima de las señoras de Calimano que es repetición de la suya; según las mujeres le sientan a su lado y le regalan con dulces halagando su única pasión. Un día le indigestaron y tuvo que venir el médico don José Rodríguez. —El médico Carmen como le llamaba el público sin que sepamos la razón—, y fue necesario darle un vomitivo de Le Roy y un purgante. Su hermana, —la viejecita doña Tomasa que nos sirve de guía—, no recuerda que tuviese otra enfermedad. Nada de esas afecciones nobles y peligrosas que anuncian la vida cerebral intensa, nada de aquella meningitis que tan doctamente describe en el prodigioso niño Torquemada.

!Su única enfermedad infantil fue una indigestión! ¡Crean Vds. en el providencialismo del genio!

Pero entonces comienzan los presagios y ya el cronista puede forjar los elementos de la leyenda. Aquella Teresa, que le guardaba como un paje, era moza y tenía novio, un marinerote de los barcos de la Costa de Africa, feo como un temporal e incapaz de pronunciar otras palabras que las necesarias para la vida y todas las interjecciones que nacen en la lucha con el mar y el viento para dominarlos o maldecirlos. No sabemos con qué palabras hablaría a Teresa, cómo le dijo de amores ni como al obtener su correspondencia, mozeaban en el zaguán o en el paseo de la tarde; pero indudablemente el marinero Pepe Chirino entró por los ojos del chico y clavóse en su cerebro.

Por entonces no sabía escribir ni leer siquiera. Sus manos de niño pacífico, incapaces de la lucha, un día asombraron y atemorizaron a las mujeres. ¡Benito manejaba un arma y el arma era peligrosa! Eran unas tijeras, las de su madre, con las cuales se dedicaba a recortar papeles dando forma a objetos y personas, a hacer monifatos según el expresivo vocablo canario. Y como el niño era dócil y crecía su habilidad, —hasta el punto que las niñas de Calimano le llevaron a casa de don Vicente Clavijo para que admirase lo que no podía creer y creyó al fin—, diósele permiso y papel en abundancia para que continuara su trabajo. Y un día, apareció pegada al postigo, una silueta en papel recortada, de la cual las gentes que entraban hacíanse lenguas y reían estrepitosamente y los de la casa salían a verlo engrosando el coro de pasmo y risas por entre las cuales sobresalía la frase cien veces repetida:

—¡Es Pepe Chirino!

Y era él, en efecto, su silueta, su cuerpo y su espíritu, como un día su pluma pudo escribir y gravó para la historia, la figura de Marcial, el marinero de la *Santísima Trinidad*.

Pepe Chirino, el roncote, el novio de la Teresa, fue el primer tipo de la infinita prole, creada por el espíritu galdosiano.

\* \* \*

No tenía amigos, por lo menos, amigos íntimos, de esos que con los juegos infantiles, crean una fraternidad que perdura como un recuerdo melancólico en los años de la vejez. Un niño, como él, juicioso y tristón, Juan Sall, fué el único, tal vez por próxima vecindad y coincidencias de caracter, que frecuentaba su trato. Juanito le esperaba junto a la puerta para ir a la escuela bajo la vigilancia de Teresa.

¡La Escuela! ¡La *amiga* de las *niñas de Mesa*!

¡Cuántos recuerdos acuden a nuestro espíritu, en esta hora sentimental, casi religiosa, al evocar aquella casa y las santas mujeres, que, años más tarde, nos enseñaron como a él las letras de la cartilla!

Todavía está la casa en la calle de la Carnicería (hoy Mendizábal) frente al callejón de Montesdeoca. Para llegar a ella, desde la suya, necesitaba pasar por la calle de los Malteses, parte de la de Triana y atravesar el cauce seco del Barranco, pues entonces no existía el puente de madera y hierro. Cuando en el invierno corrían las aguas, torcía el rumbo por la Peregrina y la plazuela, pasaba por el puente de piedra y bajando por la Recoba vieja, —el mercado se construyó en nuestros tiempos—, y seguía por la calle de la Pelota hasta la Carnicería. La escuela era para señoritas y admitía un número muy escaso de infantes, menores de los 7 años en que la malicia no tiene todavía fuerza ni arraigo de pecado. Este grupo correspondía al Cuarto chico y en él, separados, estaban los niños a la izquierda y las niñas muy pequeñas, iletradas todavía, a la derecha. Entre ambas junto a la puerta, estaba la silla de la maestra señá Bernarda con caña y palmeta. A continuación del cuarto chico estaba el Cuarto grande, donde se educaban muchachitas de quince años bajo la vigilancia de señá Belén la directora, su hermana Rafaelita y su hermano don José, gran pendolista y empleado en la Contaduría de la Catedral que preparaba las chicas por los métodos rivales de Torio e Inturzaeta, para escribir cartas a los novios futuros.

Todo aquello, tan lejano, resucita, como si ahora existiese en nuestra memoria: el patio enarenado, las macetas floridas, el gato durmiendo al sol, la *pila* del agua, las blanquísimas paredes encaladas, la pulcritud y el aseo que

eran como el espejo del alma cándida de las santas mujeres, el bullicio de las voces infantiles, el canturreo del silabario como colonia de pájaros enloquecidos, el aroma todavía persistente en esta hora de evocación de las azucenas en los días de mayo..., todo esto, irresistiblemente, despierta de nuevo con ese sabor melancólico de las cosas pasadas, en que la vida era nuevecita, como una túnica blanca, sin manchas, casi sin uso, sin desgarros, ni remiendos que parecen cicatrices de heridas.

Cada niño llevaba una banqueta o un sillón de paja de enea, según fortuna, y allí pasábamos el tiempo sentados desde las nueve a las doce y desde las tres a las cinco, inmóviles y silenciosos, mirando el volar de las moscas. De vez en cuando, levantábase un rumor, que era una frase repetida por generaciones anteriores y perpetuada por las siguientes, algo así como la amenaza infantil de una bronca, y que era la voz del pueblo en revolución acusando la falta cometida por un compañero. La frase no tiene sentido, sino para los que la recordamos:

—¡Anononinoni a señá Bernarda! ¡Anononinoni a señá Belén!

¿Quién podrá descifrar su significado?

Entonces el delincuente, era sometido al fallo de la Justicia y se le ligaba un pie al banquillo con una cinta blanca o amarilla, según la importancia de la falta, y cuando ésta era de gravedad, se le condenaba a pena de exposición llevándole al *Cuarto grande*, donde las chicas con ese refinamiento cruel de la hembra para con el tradicional adversario, aún tratándose de niños, sometían su orgullo a la más dura prueba que pudo imaginar en los Infiernos la fantasía inagotable del poeta florentino.

¡Oh, santas, divinas mujeres, tan inocentes y humildes como los niños a quienes enseñaron, sin saberlo ni conocerlo, el pecado de la lectura! ¡Quidquid per visum deliquisti! ¡Aquellas manos sarmentosas y temblonas que tantas veces se posaron sobre nuestras cabezas infantiles, nosotros las estrechamos, acariciamos y besamos! Otro día, pasado mucho tiempo, ya hombres, las volvimos a ver: sólo dos resistían a la vida, las otras habían desaparecido. Señá Bernarda y señá Belén, como dos hadas contrahechas, inclinaban el dorso hacia la tierra y nos enseñaban

los salones de la escuela tan limpia como en aquellos tiempos, pero vacía como una jaula de donde volaron los pájaros. Al doblarse sus cuerpos, sus espíritus se hacían más humildes y sumisos, sus voces temblorosas nos llamaban... «Señor don Luis... Señor don Agustín...» y cuando después de muchas protestas, sonaron en sus labios nuestros nombres infantiles, aquel diminutivo canario tan característico como amoroso, fue como una suprema evocación en que el salón solitario poblóse de pronto de niños y el silencio de voces.

¡Pero, vamos, aburrimos a ustedes con recuerdos que no son suyos; divagamos sobre asuntos personales con una emoción que sólo nosotros podemos sentir! ¡Hablar de niños que ya son abuelos y de viejecitas que duermen en el campo santo, son cosas comunes, vulgares, tal vez ridículas, indignas de la curiosidad legítima de este concurso!

De todos modos, allí, en el mismo local y con los mismos procedimientos e idéntico personal, don Benito aprendió las letras sin grande entusiasmo por su parte, ni admiración de sus maestras. Es probable que su timidez y su bondad le librasen de los terribles castigos de las cintas y de la vergüenza pública.

Mientras tanto continuaban sus manos de artífice recortando siluetas y pegándolas a los muros. Era una tarea vertiginosa. Los asuntos se multiplicaban y complicaban; eran multitudes en marcha entre las cuales prefería las procesiones que veía desfilar en las bocacalles del tránsito en brazos de Teresa. Y es de notar que el futuro historiador de tantos combates, hijo de un teniente que hizo la guerra de la Independencia al frente del batallón de voluntarios isleños, no manifestaba interés por los soldados reproduciendo sus siluetas. Ni aún siquiera despertaba su curiosidad la presencia de aquel criado Juan, que parece arrancado al cuadro de novelas y comedias, asistente de su padre durante toda la guerra, y que nuestra fantasía hubiera querido embellecer contando al niño las hazañas de su amo, los triunfos del de Alburquerque, la batalla de Chiclana y el lance formidable de la batería de los Canarios matando franceses al grito de «¡Viva la Virgen del Pino!».

Tampoco él, en el Episodio *Cádiz* hace resaltar el arrojado de aquel puñado de hombres entre los cuales su padre ha-

*cía* la Historia que él mas tarde relatara. Una simple frase, escondida entre renglones, es el único recuerdo que evoca de aquella aventura, donde, con su padre, iba también un tío suyo, clérigo, don Domingo, capellán de la tropa expedicionaria, y cronista de sus hechos, en cuyas páginas, incompletas por desgracia, revela, por su soltura y donaire, que la cepa galdosiana, literaria y patriótica, vino por herencia a don Benito aunque la acreció con tal fortuna, que bien pudiera considerarse como la más grande y más pura de las que existen en las tierras en que se habla la sonora lengua española.

De todos modos, el niño Galdós, no jugó a los soldados como la mayor parte de los de su edad, y sólo una vez recuerda su cronista, una frase que, —hay que confesarlo—, no revela entusiasmo marcial.

Parece, según nos cuenta doña Tomasa, que sus padres acostumbraban vestirle de blanco y él que había visto la estampa grotesca de nuestros milicianos cuando acudían el día de San Pedro Mártir a pasar revista, con uniforme blanco, sobre el africano color del rostro y manos, quejóse un día amargamente.

—¡Hágame —exclamó— otro traje que no sea blanco; porque con éste me parezco al Tambor Mayor!

No conocimos al Tambor Mayor; pero desde luego nos lo imaginamos como un guanche gigantesco y negro, blandiendo en la diestra mano un bastón de porra y enfundado orgullosamente en la blanca vestidura, casi nupcial, que tal antipatía produjo al espíritu crítico de nuestro héroe.

Ya era un hombrecito.

Separado de la familia, sobre todo del tibio calor de las mujeres, ingresó de interno en el Colegio de San Agustín recién creado por López Botas y los patriotas de aquella época, entre los cuales figuró nuestro padre como profesor de música, a su llegada del Conservatorio.

De aquellos días data el renacimiento de nuestro país, muy posterior del de Tenerife.

El Colegio estaba ya fundado por entonces, como el pequeño Teatro de Cairasco y el Gabinete Literario donde hoy nos congregamos; pero el verdadero impulso, la causa que avivó el seso y el despertar de la vida canaria, fue un hecho inesperado y cruel, como tantas veces ocurre en la

historia de los pueblos: fue el brutal golpetazo de una gran catástrofe, la invasión del Cólera.

Una epidemia que mata seis mil personas en una isla de setenta mil habitantes escasos; el aislamiento absoluto en que se les abandona con una ferocidad sólo comparable a la de los pueblos medioevales; la injusticia que exalta los espíritus y despierta la cólera y el odio; el peligro, el miedo y el desamparo que robustecen la acción colectiva en la defensa; el toque soberano del dolor que en los fuertes templea, ennoblece y espiritualiza las acciones y los pensamientos humanos convirtiéndolos en deber y heroísmo, fueron las causas de aquel resurgimiento moral y material.

Por primera vez —¡bendito sea el dolor!— en aquel pueblo dormido surge un Ideal: la Independencia. Y de allí arranca la lucha política que obtiene las dos tentativas de División de la Provincia. Quisieron nuestros padres ennoblecer sus espíritus, hacerse dignos del destino y así fundaron otros centros de cultura como el nuevo colegio de señoritas de doña Remedios de la Torre que alcanza fama en la Provincia, y se concibe el proyecto de una Exposición Provincial realizada por López Botas, y se reedifican las Casas Consistoriales incendiadas con un esfuerzo de que sólo es capaz la fe del patriotismo. Y al mismo tiempo se crean las Academias de dibujo de don Silvestre Bello y la de Música de Millares, y se abre al público una exposición de pinturas por don Manuel León, y el comercio y la agricultura nos lanzan al mercado extranjero con la cochinita, y aparece nuestro teatro con las zarzuelas «Polvorín» y «Prueba de Amor» representadas en esta casa, por aficionados durante trece noches consecutivas y se imprime por primera vez, un libro en nuestra ciudad «La historia de la Gran Canaria», obra de nuestro padre..., y al fin nace el periódico con aquella hoja cuyo título *El Porvenir* era la dádiva espléndida con que nuestros padres ofrendaban su esfuerzo a estas generaciones.

De la muerte nació la vida, de la lucha el trabajo, del despertar de los espíritus la función educativa y revolucionaria: la escuela, el teatro, la imprenta.

Siempre después de las grandes epidemias, como después de las guerras, la energía de la especie humana, despierta sus defensas ancestrales y con acritud violenta,

con fuerza indomable, canta la triunfal alegría de la vida.

Esta fue la época más interesante de nuestra pequeña historia.

\* \* \*

Nuestra buena hada, doña Tomasa, continúa hablándonos del grande hombre, que para ella es siempre el niño.

El niño está en el colegio. No es un gran estudiante, cumple severamente sus deberes, sin despertar admiración ni celos. Él, que siente la música con tal intensidad que sin haber estudiado el piano ha llegado a ejecutar el andante de la sonata 28.<sup>a</sup> de Beethoven, pasa por la clase de Música ignorado por su profesor. Nuestro padre, no lo recordaba ni aún esforzando la memoria.

Los juegos, las acciones violentas no le seducen: mientras sus compañeros corren y saltan y gritan en la hora del juego, él, sentado en los poyos del antiguo patio del Convento Agustino, continúa benévolo enamorado del reposo con aquellos ojos que parecen dormidos y que son diáfanos cristales tras de los cuales por tantos años se ha sentado su alma curiosa recogiendo las impresiones de la vida exterior para llevarlas a su cerebro y convertir su materia en joya literaria.

Los domingos por la mañana se le permitía visitar a su familia despertando la admiración y el orgullo de las mujeres el traje de uniforme azul con botones dorados, la cachucha con *visera* y sobre todo el frac con faldones, en cuyos bolsillos, al marcharse, guardaba las golosinas preparadas por las manos amantísimas de la madre. Él las guardaba esperando la hora del paseo de la tarde, cuando los estudiantes en corporación, de dos en fila, y guiados por los profesores, atravesaban taconeando marcialmente la calle de Triana, hasta el muelle viejo donde se esparcían por las arenas en grupos pintorescos. Lo que algunas veces recordaba con desconuelo era la malicia y desaprensión de algunos compañeros, los que detrás de él marchaban, los cuales, con habilidad de pícaros y sabiéndole humilde y callado, metían mano en los faldones y le mermaaban la merienda esperada con tantas ansias.

Sus amigos eran pocos y de esa época data la amistad

que siempre tuvo con León y Castillo, prolongada en Madrid en *La Revista de España* que éste editaba con Albarreda y en la cual publicó «Doña Perfecta», la primera de sus novelas contemporáneas. Al mismo tiempo corresponde la amistad ya antigua de don Juan Sall, las de don Juan y don Andrés Navarro y la de don Fernando Inglott.

Este grupo de muchachos y otros que ignoramos escribían un periódico que circulaba a mano y que sin duda era imitación de los que empezaban a imprimirse en la Ciudad. Desconocemos el título, ni sabemos si alguien guarda algún ejemplar; pero nuestra cronista, como una Providencia, nos dice que en aquel periódico escribió por primera vez don Benito y que fue muy comentado su primer artículo. La aventura merece la pena de conservarla.

Por aquellos días funcionaba en el *teatro viejo* una compañía de zarzuela y ópera, en que dos tiples hacían prodigios: sus nombres conservólos hasta nosotros, la fama: La Pelisari y la Cavaleti. La primera era mujer entrada en años, maestra en el oficio de cantar y moverse en las tablas, mientras la otra joven y con voz más fresca, descuidaba aquellos detalles fiándose en los rezumos de su juventud. El público, como siempre, dividióse en dos bandos con tal vehemencia y encono, que salía ronco de gritar aclamando o deprimiendo, según sus simpatías, a las dos artistas las cuales al bajar el telón seguramente se iban a cenar juntas riéndose de nuestros benditos paisanos. En las familias hubo apartamientos serios, y por la noche, en la placetilla del teatro, más de un lance terminó por golpes y en las de beneficio se cubría el patio y la escena de flores y volaban palomas con gran susto de las señoritas que ocupaban la galería del centro. Y fue entonces, cuando el muchacho escribió su primera crónica ridiculizando a sus paisanos y enfriando la gloria artística de las dos tiples con gran escándalo de los más exaltados y vergüenza de los de mejor sentido; crónica que por lo que de ella dicen, era ya un signo de aquella observación cómica y del comentario justo y picaresco conque más adelante juzgó cosas y personas tenidas como serias e inviolables y en las que él descubría, con malignidad risueña, la nota oculta hasta entonces, del ridículo, para revelarla con la línea sobria y aguda del genio de la caricatura.

De la misma índole, aunque valiéndose del lápiz que ya manejaba con maestría, es el Album conservado por su familia y dedicado al emplazamiento del Nuevo Teatro, que andando el tiempo llamóse de Pérez Galdós.

Nuestros padres querían construir un gran teatro, pues el antiguo era muy pequeño, lo cual era una buena razón, y además porque el de Santa Cruz de Tenerife era mayor, lo cual ya no era una razón tan buena, y en el punto de emplazarlo discreparon con tales exageraciones y con tal acritud que los dos bandos más enconados que en el pobre Asunto Pelisari contra Cavaleti, envenenaban las aguas cristalinas de las fuentes periodísticas, insultábanse en la rebotica de las Cadenas y en el Gabinete, y extendiéndose la pasión por los cauces más escondidos y ocultos invadían las secretarías del Juzgado, entraba por los colegios, perturbaba la paz de la Sala Capitular, establecía el paro en zapaterías y carpinterías y provocaba crisis políticas en el despacho de los directores. Unos pedían el emplazamiento en la Plazuela que entonces se llamaba del Príncipe Alfonso, otros junto al mar y al barranco, para que los barcos pudieran verlo desde el horizonte. Nuestro padre que era hombre pacífico, incapaz del escándalo, enardecióse hasta tal punto que su voz se enronqueció, perorando en su notaría y su mano se fatigó escribiendo en su periódico. Y así por tal causa nos legó siendo niños la antipatía que aún guardamos además de razones de estética, hacia el teatro que a la orilla del mar construyeron los directores políticos de aquella época.

Porque fue la política la que entonces, como en otras ocasiones, por hacer pesar su orgullo y dominar acallando las voces populares, resolvió el movimiento revolucionario, imponiendo su voluntad.

Don Benito tomó parte en el conflicto y esta vez su espíritu ponderado, que sentía la parte grotesca en una y otra orilla, perdió su serenidad y afilióse al nuestro. Dejó la pluma, afiló el lápiz y dibujó el Album, que en esta hora después del incendio de su Teatro y la reconstitución que anhelamos, debiera ser visto y entendido por todos, ya que se trata de un testigo de mayor excepción. Tal vez ese teatro que de nuevo pretendemos construir sea el más digno monumento que le pueda ofrecer su patria.

El Album es una novela cómica y cada capítulo una aventura grotesca en que la fina punta del lápiz pica como un agujón sin hacer sangre. Allí aparece el muralón del teatro batido por la ola donde los buques atracan y donde las grúas levantan y ponen en tierra a los artistas y su equipaje. Otras veces son los espectadores ocupando palcos y butacas y provistos de salvavidas; una señora gruesa, cuya silueta conocida por nosotros ocupa un palco, prepara su miriñaque para flotar; grupos de gentes que acuden al espectáculo llegan nadando o en lanchas; marineros curtidos por la costa de Africa esperan en el pórtico para transportar en brazos a las señoras; un caballero que acude a la taquilla es recibido por un pez mitológico que agita las aletas; el director de la orquesta, cuya figura característica recuerda la de nuestro padre, dirige a sus músicos que, con el agua al cuello, elevan y ponen en salvo los pabellones de las trompas y trombones; en el escenario, en el momento en que se canta la «Norma», huyen los artistas ante la brecha que hace el mar en el muro por la cual penetra, rompiendo las decoraciones, la proa de un buque gigantesco. Y después la noche en sombras, la luna como una cara que ríe enloquecida contemplando la inundación, la silueta negra del puente, las lanchas que buscan las víctimas. Y más abajo, en el fondo, los peces fantásticos que se asoman con asombro y los rebaños de cangrejos y langostas que trepan y los pulpos que extienden sus rejos flotantes, toda una fauna submarina cuya fantasía corre parejas con los dibujos de Doré, como si Galdós se hubiera propuesto ilustrar la escalofriante aventura del Teatro sumergido.

Y llegamos a la obra que reputamos maravillosa intuición de su genio, la que a nuestros ojos suspende y crea claridades de aurora buscando la entraña oculta, la vibración misteriosa que anima los materiales y los funde y sutiliza en un ideal, donde canta en la altura el alma del artista como una campana.

Su familia, que la conserva como una joya, la llama el Castillo. Y no es Castillo lo que él construyó, por más que Castillo existe. Su fábrica está derruida, arruinada y sus cimientos no los construyó en la cúspide sino en la falda del monte, base de su obra, que, como nuestra Isla,

se eleva desde la profundidad del mar. Lo principal, lo que él creó es la Catedral, *el templo*, afianzado sobre la altura, dominando la tierra baja, —castillo de señores o moradas humildes de pobres criaturas—, lanzando sus flechas hacia el firmamento como una aspiración, como el alma inmortal de las cosas, como aquellas torres que divisaron los ojos de Gloria en aquella mañana en que iba corriendo a la muerte y que le parecieron dedos humanos señalando a los cielos.

Para construirla no empleó la pluma fría y convencional, ni el lápiz falto de relieve, usó las armas y la materia del constructor, del artífice primitivo que impone a las muchedumbres la verdad sólida del bloque metiendo en él su alma de artista.

Sus instrumentos fueron un cortaplumas y las viejas tijeras; sus materiales, cartones, papel, yeso, cristales, tallos y hojas desecadas, conchas y piedrecillas de la playa, cola y algunos colores mezclados a su capricho.

Con esos instrumentos y con esos materiales se hace en sus manos el mar, la tierra, el monte cónico que imita su isla, los árboles, las casitas, las ruinas del castillo, la fábrica espléndida del templo. Y ya en él, construye los muros, las torres, las glorias de las puertas, las estatuas que las coronan o rodean, los hierros y las ventanas, toda una obra en miniatura que asombra más que por el trabajo paciente por el pensamiento que las informa.

Porque, —y esto es lo extraño,— construye sin modelo una catedral gótica, en aquellos tiempos en que un muchacho apenas podía en nuestro país ver otras imágenes y otros modelos, que las del Semanario Pintoresco.

Inútilmente volverían sus ojos hacia la nuestra que, con permiso de este auditorio, es de piedra fría, sin la línea clásica del paganismo que quiere imitar en el frontis, la inspiración romántica del genio del cristianismo. Nuestra basilica como los templos americanos contruídos por los aventureros de Cortés y de Pizarro, a los cuales se asemeja, no son sino casas donde albergaron a Dios para protegerlo, como a los simples ciudadanos, contra la intemperie. No inspiran, ni fuera posible inspirar, la exaltación mística, casi locura de las iglesias de la Edad Media, en que cada piedra, cada detalle ornamental parece trepar

a las nubes según la fiebre que consume a los obreros, hasta sutilizarse en las agujas de las torres, donde el espíritu se condensa con el ansia del vuelo en esa suprema ilusión, la más conforme a nuestra miseria, la que más acerca las criaturas a Dios: la esperanza.

¿De dónde, de qué modelo o de qué visión pudo el Galdós de aquellos días arrancar a la fábrica de su templo la línea sutil del estilo gótico? ¿Por qué instinto o por qué profunda convicción pudo escogerla y lanzarla entre el ansia del espíritu humano y la presencia de Dios? ¿Es que, como Jacob, soñó y en sueños vió la escala misteriosa que conduce de la tierra a los cielos?

Y luego, los detalles: los hierros forjados que recuerdan los de la ventana incomparable de la Casa de Pilatos, los estribos de las bóvedas, las puertas que parecen recordadas de los Apóstoles en Sevilla, las estatuas como manchitas blancas semejantes a las de esa divina Reims que, después de su martirio, todos los románticos podemos llamar nuestra Reims, y sobre todo la silueta, la línea de encajes tan sutil y transparente que sólo es comparable en hermosura a la de la Catedral de Burgos en la hora cándida de una mañana o a la de Nôtre Dame destacándose sobre la luz espectral de la luna.

La obra de Galdós, niño y constructor, nos parece como símbolo de su destino el triunfo del ideal, sobre la fuerza arruinada, sobre la vida material, sobre toda la tierra. Es el presagio, la intuición del genio. ¿Cuál sino ésta ha sido la obra del literato y del apóstol?

¿Exageración? ¿Que aquello no es como lo pensamos y traducimos a ustedes? ¿Que retorremos o desfiguramos el pensamiento del niño?

Peor para los que no vean lo que nosotros vemos y creemos, los que no han sentido con la vivencia de esta hora romántica la inspiración de su alma profética, los que no descubren en aquella máquina infantil el plan providencial del genio.

Ellos no verán nunca entrar y arrodillarse en el templo galdosiano, las figurillas, entonces aún no nacidas, de Gloria y de Marianela, las dos hermanas en el dolor, las de Orozco y Paternoy graves y serenas como el deber, las de Nazarín y señá Benigna tan divinas como la miseri-

cordia. Ni siquiera podrán descubrir, sentado fuera, en el átrio, pidiendo limosna con su guitarra, la de aquel incomparable Almudena, mendigo mitad cristiano, mitad moro, pero hijo legítimo de Dios. ¡No los verán, no entrarán en el templo, no se sentarán en la puerta!

Y eso es lo que al término de esta plática tenemos que proclamar con toda nuestra fe romántica, con todo el amor de nuestros corazones de hombres sencillos y buenos: ¡Adentro, hermanos, adentro! ¡Al templo espiritual construido en la altura, dominando el mundo, eterno como su constructor!

Allí está el inmortal, el Divino Abuelo, como un bloque de mármol asentado sobre la cúspide del monte, junto a su obra.

El crepúsculo apagóse definitivamente y la noche se hizo. Ya su sombra gigante no se proyecta sobre la llanura donde habitan los hombres; pero él sabe que están allí, pues siente el rumor de sus hijos; como sabe, aunque está ciego, que en el inaccesible firmamento continúa eternamente avanzando hacia el infinito la lenta y majestuosa caravana de las estrellas.

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS